

ODRADEK

Domicilio Desconocido

Año I - Junio 2007 - Número 10
Muestra gratis

www.geocities.com/domicilio_desconocido
domicilio_desconocido@yahoo.com.ar

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*

- *Odradek- dice él.*

- *¿Y dónde vives?*

- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

Luz mala

La radio me cuenta, la maestra, el abuelo y la abuela me cuentan. Me cuenta mi papá y mi mamá. Cuando estoy en la cama me sigo contando. Me digo yo te cuento; y me cuento. Grande soy, la patria habla de mí, las trompetas de bronce festejan mi última batalla.

Cuente amigo, lo escucho.

En el año treinta en Buenos Aires escapa de un policía, las chapitas de los tacos son chispas en el empedrado, sube las escaleras de un conventillo de maderas crujientes y entra en la pieza sin prender la luz. Saca el revólver de un cajón y ahí está jadeando. Gatilla al bulto que rueda en un aullido, con un olor a sangre que mata. Se ilumina la pieza. El cana en la puerta ríe, es un loco -Ja, me quiso matar a mi y mató a la madre.

Sagrada y todo la vieja es una mancha de sangre que se extiende. No le quedan lágrimas para el resto de sus días. Mastica las rejas de la cárcel, ve a otros hombres charlando con sus madres, su vida es un tormento: el cielo se le oscurece al mediodía.

-Ese tiene frío en el balero- dicen otros varones. Mi santa madrecita- todo lo que simula no sirve para nada, ya se sabe su historia con desprecio.

Nunca se pudo consolar. La radio contó: ¿Es verdad que de mi pieza se ha hecho dueño otro varón? Estaba desesperado, hacía con la uña cruces en las rejas. Los guardias creyendo que se había convertido lo soltaron, pero al salir mató a toda la familia, incluso al nene que adoraba tanto.

Preso con una cadena que le quema las muñecas, saben que la lucha es cruel y es mucha: algunas mujeres lo lloran hundidas en distintas macetas con malvones.

Era chico, los grandes me confundían diciendo que en definitiva la patria nos quería a todos, dejando de lado a los que no queríamos a la patria; diciendo que alguna vez tendría mi destino, sería grande, haría una vida a mi antojo, para decir después que no se puede vivir de antojos.

El que hacía la cruz sobre las rejas declaró en el solcito a cuatro periodistas: No sabía lo que hacía, la fuerza del destino gobernó mi brazo, la pasión se apoderó de mi, algo me dejó ciego, la luz mala quizá, yo no lo sé. Si sé una cosa, madre hay una sola, como Dios no hay ninguno, yo no quiero muñeco con cabeza. Me dan ganas de matar, tengo ganas de que se pudra todo, no sé porqué soy tan malo, amén. Cayó redondito, fulminado por el rayo divino.



«Piripiquito» - Nora Martínez

El semillero del fútbol argentino

Todos los sábados y casi todos los domingos jugamos. Hay domingos que no, porque ése es el día en que, cada tanto, nos vemos obligados a visitar al resto de la familia. Al Ponchi le encanta ver a sus primos, a sus abuelas, a sus tíos, pero yo odio eso. No es que no adore a la familia: me gusta extrañarlos, recordar cómo era, cada uno de ellos, hace veinte años; y que mi mamá me cuente, por teléfono, a veces, quién se murió, quién se casó, quién cayó en la droga. Con eso alcanza. Prefiero que nos quedemos en casa y que vayamos al Parque Lezama a jugar a la pelota. Incluso cuando hace mucho frío. El calor de la pasión nos abriga.

El Ponchi sabe pisarla, levantar la cabeza antes de dar el pase, pegar patadas imperceptibles, a la altura de los tobillos, tirarse cuando apenas lo tocan, cabecear con los ojos abiertos, y gritar “ole, ole, te cagué guacho”, cada vez que gambetea.

Ya tenemos armados los equipos para el próximo partido. En el mío van a jugar el pibe que siempre anda con un chupetín; uno al que el Ponchi llama “el chiquito” -pero es más grande que él, tiene siete años- y el de la camiseta de Boca. En el otro van a estar: el que no la pasa nunca, los dos hermanos cabeza de sandía y obviamente, el Ponchi, cuya función en la cancha será la de siempre, quedarse cerca del arco contrario y gritar, todo el tiempo, “pasala amigo”, esperando el momento oportuno para hacer los goles. Así se llaman entre ellos, entre los pequeños futbolistas del Parque Lezama, “Amigo”. Yo mismo me descubro, muchas veces, diciendo “dale, amigo, pasala”.

A veces él dice que cuando sea grande va ser futbolista. Pero también dice que va ser quiosquero y policía. Ser policía, para él, es andar con armas, es manejar coches a toda velocidad, es pegarle a cualquiera sin tener que dar explicaciones. El quiosquero, por supuesto, es el que tiene las gaseosas y los huevos Kinder y las golosinas. El Ponchi los imagina millonarios. Sólo un millonario puede almacenar esa increíble cantidad de chicles con tatuaje.

(Escribí este relato porque muchos lectores me preguntan casi diariamente si seguimos jugando a la pelota con el Ponchi. Los que leyeron “Días de fútbol en Parque Lezama”, en Odradek 1, ahora podrán enterarse de los progresos futbolísticos del niño).

Consejos para el invierno

Durante el invierno los osos descienden su temperatura corporal, disminuyen las frecuencias cardíacas y permanecen entre 3 y 5 meses en sus guaridas esperando que mejore la situación climática.

Se dice en los Estados Unidos de Norteamérica que un mercado financiero es “oso” cuando las acciones que cotizan en él reflejan una tendencia a la baja. El oso presta su imagen de animal pesado y depresivo para graficar el “humor de los mercados”.

El oso es un animal feroz, ágil, irascible, pesado, de dentadura y garras temibles, aliento pestilente y abrazo letal. Además es un perseguidor incansable, de fino olfato, gran nadador y caminante. Los Ojibwas y los Chippewas, valientes indígenas americanos cazadores por excelencia, han sabido batirse en retirada ante la posible aparición de estas bestias (los osos).

Sin embargo, en los últimos 80 años, entre tantos alegatos contra la caza y el tráfico de animales que la industria del espectáculo -sobre todo los estudios Disney- han difundido en sus películas (*La noche de las narices frías, La dama y el vagabundo, Bambi, Dumbo, Los Aristogatos*, etc.) hemos detectado una campaña destinada a posicionar a los osos como simpáticos e inocentes animalitos. El ambiguo *Winnie the Pooh* o el torpe pero valiente Baloo (Bolú en español) amigo de Mogwi en *El libro de la selva*, el Oso miedoso copiloto de Lucas el

granjero en el Alambique Veloz de *Los Autos Locos*, el *cartoon* creado por William Hanna y Joseph Barbera, pueden servir como ejemplos.

Finalmente llegamos de la mano de la Disney a *Tierra de Osos*, donde uno de los protagonistas de la cinta decide convertirse en oso y, en la parte 2 de la saga convence a su novia de que acepte la ayuda de los espíritus y lo siga en la metamorfosis.

Ningún aspecto encontramos para destacar en el comportamiento de este mamífero carente de sentido del humor salvo uno: su capacidad de hibernar. Durante el invierno los osos descienden su temperatura corporal, disminuyen las frecuencias cardíacas y permanecen entre 3 y 5 meses en sus guaridas esperando que mejore la situación climática -recuérdese la nunca desmentida fascinación de Walt Disney por los procedimientos de hibernación-. Descansan, hacen lo mínimo indispensable mientras esperan tiempos mejores.

Acaso sea esa la faceta de la que podamos tomar ejemplo. Un chanchito dijo que hay que pasar el invierno, y ahora los osos nos muestran cómo.

Roberto Garriz

Otitis supurante

Me desperté a causa del dolor de oídos. Un dolor agudo, exquisito, como dicen por ahí, como de adentro hacia afuera, una presión. Me incorporé con la esperanza de que el cambio de posición fuera a aliviarme. Y de repente “fissssssshhhhh”, por un par de segundos tuve la sensación de estar desinflándome por la oreja derecha. El dolor disminuyó.

Apenas me paré, sentí la primera gotita. Un líquido ceroso y fétido manaba del oído y llenaba la cavidad de la oreja. Fui corriendo al baño para verme mejor haciendo juego con los espejos del botiquín. Empecé a secarme la secreción con una gasa y entonces la vi salir: “policía”. La palabra “policía” me chorreaba del lóbulo, no como un cartel, sino con forma de pus pero con sonido a “policía”. Dejé caer “policía” por el desagüe de la pileta y me quedé ahí, parada, esperando no sé qué acontecimiento. Hice bien porque aconteció: “terrina” también salió, otra vez

La palabra “policía” me chorreaba del lóbulo, no como un cartel, sino con forma de pus pero con sonido a “policía”.

Dejé caer “policía” por el desagüe de la pileta y me quedé ahí, parada, esperando no sé qué acontecimiento.

fue el sonido porque visualmente era pus... o terrina propiamente.

“Ratzinger”, “Laje”, salieron dos más, en equipo. Y después “Bambi-Trapito-Manuelita”, como una unidad y de un tirón. Junté “Laje” sobre una Carilina y pedí un médico a domicilio. En el rato que tardó en llegar me cayeron “cucaracha” y “tripa gorda”, palabras que también alcancé a amontonar en el papel.

“Doctor, me sale esto del oído”, le dije apenas entró y sin esperar a que me revisara. Miró la Carilina y me dijo “pus”. Le dije: “No, le muestro ‘tripa gorda’, ‘cucaracha’, ¿no ve?”. “Veo pus”, me contestó. “Quiero decir si no oye”, pretendí aclarar. Pero claro, las palabras ya habían sonado y listo, ¿qué iba a oír?

Me recetó Amoxidal 500, un comprimido cada 8 horas durante 10 días. Voy por el sexto y ya me siento mucho mejor. Todavía, de vez en cuando, se me cae una que otra palabra de esas, pero entendí que no vale la pena juntarlas.

Yanina Bouche

Perro muerto

Al rubio babieca le pareció gracioso y largó como un silbido sonriente en medio de una burbuja de moco.

Leandro le tiraba patadas al acartonado cadáver del perro envenenado que hacía unos días se venían encontrando en el camino hacia el colegio.

El sol y vaya a saber, tal vez el mismo veneno, habían inflado al animal en poco tiempo y parecía burlar su propia muerte con ese aspecto de escultura tumbada. Negro grisáceo, con un forzamiento muscular llegado al límite, el perro no era más que un envase de perro. Y eso a Leandro le bombeaba una energía rabiosa en las piernas, esas dos paletas mecánicas imparables que se activaban frenéticas siempre en el mismo tramo del camino cada vez que llegaban a ese mojón maltrecho que era el perro.

Atraídos por los movimientos, como emergidos de la nada, aparecieron los otros dos, asmáticos de excitación y se empujaron entre sí.

A Leandro le molestó, sentía que no lo comprendían, que no podía compartir nada con esos idiotas que lo único que hacían era imitarlo sin saber por qué y trató de apartarlos sin que se notara. Pero en un momento estaban los cuatro pateando al pobre muerto.

Bermúdez los vio y les saltó encima a los alaridos. Le decían la Bermúdez porque era redondo, liso y blanco, tales eran las virtudes deseadas en una mujer a

esa altura de sus vidas.

-No le hace, marica, no le hace, ¿qué te metés, no ves que ya está muerto?- fue el último aviso que le dieron y casi lo asesinan para darle un escarmiento.

Entonces llegó el comisario Carraspera. Venía de una siesta sobre un montón de paja que tapaba las raíces de un sauce solitario y envejecido. Tambaleante, miró con sus ojos acerados antes de frotárselos con las manos polvorientas. Vio al perro ahí tirado y frunció la boca y la pera en un sostenido gesto de interrogatorio. La modorra no le dejaba aire para respirar decentemente.

-¿De quién era el animal?- dijo al fin. No levantó la mirada sino hasta que pasó algo más de un minuto sin escuchar respuesta. Cuando lo hizo fue igual. Los pibes estaban paralizados. Se habían juntado algunos más, magnetizados por el reto

No era la muerte en sí, sino la mortandad aquello que los unía en el lugar más seco de sus almas.

-Qué están haciendo acá, váyanse a la escuela- dijo más fuerte y sintió que resaltaba el mérito de mantenerse en el puesto.

Con la cabeza aturdida, Bermúdez, fusilado, trató de escabullirse en el banco del aula pensando que en los cuarenta minutos de clase se le iban a adormecer un poco los golpes y no le iban a dar más ganas de llorar

Nora Martínez

*El sol
y vaya a saber,
tal vez el mismo veneno,
habían inflado al animal
en poco tiempo
y parecía burlar
su propia muerte
con ese aspecto
de escultura tumbada.*

Hecho consumado (*)

(para Tedan Zeripan)

La otra noche, en la soledad de mi bulín (en realidad, mientras mi ocasional acompañante dormía), recordaba aquellas primeras relaciones sexuales con alguna noviecita adolescente. Esas relaciones medio casuales que se daban cuando el temible padre de la niña salía. Siempre uno se apuraba y trataba de consumir el acto lo antes posible, tratando de anticiparse a la llegada de ese monstruo asesino que, si llegaba a encontrarnos tocando a la nena, seguramente nos iba a matar. ¿¿Y que hacía uno para asegurarse un poco de calma?? Trataba de detener al monstruo, pidiéndole a la niña que cerrara la puerta de entrada con "la traba" o dándole "vuelta y media" a la llave de entrada, para que el verdugo se viera obligado a tocar el timbre, dando tiempo al escape.

Algo similar pasó el miércoles en el césped amarronado del club Luján. Se armaron los equipos de manera más o menos equitativa. Comenzó el juego, no sin antes decidir que Pantiú, cuando viniera, iba a jugar para el Turco. Y ahí fue que el equipo de Pancho

*Hasta que llegó Pantiú
para dar fin a las andadas
de ese adolescente
caliente al pedo
que era el equipo de Pancho.
Parecía que todo se acababa
cuando se dieron cuenta
de que el tardío crack
no disponía
de la ropa adecuada
para jugar.*

empezó a jugar, tratando de aprovechar los minutos que quedaban antes de que viniera el monstruo a dar fin a las andadas del equipo. Todos corrían como desesperados, tratando de aprovechar esos minutos de libertad para consumir el acto del triunfo. Tuquí, Quintero y Nacarato tratando de defenderse de los violentos ataques de Díaz, Toto y Perini. Pancho y Amoroso se desencajaban al ver que se sumaban al ataque, esporádicamente, el Cirulo y Rodrigo. Hasta que llegó Pantiú para dar fin a las andadas de ese adolescente caliente al pedo que era el equipo de Pancho. Parecía que todo se acababa cuando se dieron cuenta de que el tardío crack no disponía de la ropa adecuada para jugar. Le prestaron unos botines en mal estado, lo hicieron jugar en pantalones de vestir arremangados y así fue como, con una vuelta y media de llave en la puerta del talento, el equipo de Pancho se empernó al adversario.

Horacio Garpani

(*) Extraído de la página "La pelota no dobla", órgano oficial de difusión del fútbol de los miércoles.

Para lectura en sala

La cuestión es bastante simple: hay quien presta libros y quien no. Pero negarse a prestar un libro, así, en la cara de quien pregunta si puede llevárselo de nuestra biblioteca, es una escena tan incómoda que hace preferible actuar cierta generosidad y evitar la mirada reprobatoria que viene después del “No, yo no presto”.

Para que esa escena no ocurra nunca, la única salida es fingir, con el dudoso objetivo de que se nos siga considerado encantadores; y evitar, de paso, saber qué sucesión de actos nos llevaron hasta allí. Paradito frente a la biblioteca que está a punto de ser saqueada, uno puede preguntarse por qué maldita razón es sociable e invita gente a su casa o por qué no tendrá la biblioteca en el sótano. Pero eso puede abrir las puertas del infierno, llevarnos a un viaje al origen y hacernos cuestionar a los padres que nos iniciaron en la lectura, a la maestra que nos enseñó a leer, y al sumerío al que se le ocurrió inventar la escritura. Pero, se sabe, el viaje al origen está destinado al fracaso y, seguramente antes de llegar a destino, al aburrimiento.

Pero negarse a prestar un libro, así, en la cara de quien pregunta si puede llevárselo de nuestra biblioteca, es una escena tan incómoda que hace preferible actuar cierta generosidad.

Sólo queda modificar la primera afirmación: hay gente que presta libros y gente a la que no le importa una situación incómoda, ni parecer poco amable, ni defender su derecho inalienable a no tener huecos en las estanterías. Esos son los que no prestan los libros y siguen adelante con sus vidas, y no sufren el síndrome que el fingimiento repetido produce en personalidades débiles y despreciables.

Porque cuando uno simula, aunque sea una vez, que no le importa el préstamo, lo más seguro es que pase a engrosar el grupo de prestadores compulsivos; esos que creen en la circulación, se hacen militantes de ella, e incluso invitan gente a su casa, a su biblioteca, para que se lleven y lean sus libros. Se convierten de esa manera en un ejemplo

más de la dificultad para distinguir entre la realidad y lo que alguna vez fue ficción voluntaria. Y un día se dan cuenta, cuando quieren leer por enésima vez el final de Lolita, que no está. Algún turro se la ha llevado, y ya es demasiado tarde para volverse antipático.

María Martha Gigena



En Tánger

Hace un tiempo me contaron que durante sus últimos años William Burroughs se la pasaba encerrado mirando películas porno. En los tiempos muertos entre película y película, supongo, escribía textos que jamás daría a la imprenta. Lo veo a Burroughs encerrado en una habitación de hotel en Tánger (Burroughs nunca dejó Tánger, no importa lo que diga su biografía). Semidesnudo, con setenta años, más de setenta años, Burroughs se sacude rítmicamente la verga semierecta.

Otro escritor de la estirpe de Burroughs, el chileno Roberto Bolaño, también se interesó por el porno. No sé cómo miraba porno Bolaño, no puedo imaginarlo. Sus textos sobre el porno (*Prefiguración de Lalo Cura*, *Joanna Sivistri*) son, sin embargo, textos sobre la sangre y el sacrificio, sobre el mal y sobre

Un surrealismo del mal, si se quiere, pero aún así surrealismo: un texto en el que los cuerpos se someten a las violentas fantasías del ojo (Dalí vio lo mismo en el surrealismo), en el que las secuencias dejan de ser narrativas para guiarse por la intuición o el goce.

la enfermedad. Para Bolaño, el cine porno es casi el único reducto en el que la ficción puede todavía ser un ejercicio surrealista.

Un surrealismo del mal, si se quiere, pero aún así surrealismo: un texto en el que los cuerpos se someten a las violentas fantasías del ojo (Dalí vio lo mismo en el surrealismo), en el que las secuencias dejan de ser narrativas para guiarse por la intuición o el goce. Un texto, finalmente, en el que el mundo se muestra como el espanto de cuerpos facetados, como el sueño maniaco de Gran Hermano.

Así que cuando lo veo a Burroughs nunca lo veo solo. Detrás de él, acurrucado en un rincón oscuro de esa habitación sin ventanas, está Bolaño (el primer clásico del siglo XXI) taquigrafiando las pesadillas (pero no los textos) del último vanguardista del siglo XX.

Ezequiel De Rosso